

Mentiras sociales

Al lado de las grandes mentiras, cuántas pequeñas penetran en nuestra vida, envolviéndola toda! Semejantes a partículas corruptibles, esas mentiras llevan en sí la descomposición y la podredumbre; pero no puede ser de otro modo. Si hemos nacido y crecido en la mentira; si hemos estado constantemente rodeados de mentiras; si si debemos de mentir cada vez que abrimos la boca en público o que entramos en relación activa con las instituciones políticas y sociales; si tenemos la costumbre de hablar de un modo y proceder de otro distinto a lo que sentimos y pensamos; a soportar como cosa muy natural la constante contradicción entre nuestras convicciones y las formas exteriores de la vida; ver en la hipocresía una prudencia mundana: ¿cómo podemos conservar un carácter recto, ser sinceros en nuestras relaciones con los otros hombres y verídicos en la vida privada? Se miente en el paseo y en los salones, como se miente en la iglesia, en la reunión electoral, en la oficina del estado civil, en la Bolsa.

Todas las relaciones sociales tienen ese carácter de mentira. Estas relaciones están fundadas sobre la sociabilidad y el instinto de solidaridad del hombre. Han nacido del deseo que tiene éste de rodearse de compañeros de su especie y de evitar el aislamiento como un estado antinatural. Las formas de las relaciones sociales, dejan conocer este origen. Manifiestan el placer que tienen los hombres en encontrarse juntos y su mutua simpatía. Cuando se ve a una persona amiga, se la saluda, es decir, se le expresan deseos de prosperidad; cuando recibimos una visita, nos manifestamos contentos, la comprometemos para que se quede en nuestra casa y la instamos para que vuelva pronto; damos fiesta para ofrecer a nuestros semejantes una ocasión de que gocen placeres variados; organizamos festines para que se diviertan; les hacemos

regalos, y si les acontece algo triste o alegre nos apresuramos a consolarles, o a felicitarles. ¿Hemos estado algún tiempo sin verles? les vamos a visitar para saber de su salud y para preguntarles qué es lo que necesitan. Esta es la significación teórica de las formas empleadas en la sociedad. Pero en el hecho, casi nada, pues el contacto de un hombre con otros es una hipocresía y una mentira. Deseamos los buenos días a uno que pasa, y no nos intranquilizaríamos si supiésemos que al separarse de nosotros se le han roto las piernas; instamos al que nos visita a que vuelva pronto y a su aspecto experimentamos la misma sensación que si tocásemos sin querer una serpiente; organizamos fiestas e invitamos a ellas a personas a quienes despreciamos, a quienes detestamos, de quienes hablamos mal o que en el mejor caso, nos son tan indiferentes, que no seríamos capaces de levantar la mano para proporcionarles un placer, si tan poca cosa nos costara. Vamos a las fiestas de los otros y en necias charlas pasamos horas enteras que mil veces preferiríamos consagrar al sueño; sonreímos con complacencia reprimiendo un bostezo; hacemos cumplimientos de los cuales no creemos una sola palabra; damos gracias a la dueña de la casa por su amable invitación, mientras que en el fondo de nuestro corazón la mandamos al infierno; protestamos al dueño de la casa nuestra constante adhesión y al día siguiente damos orden a nuestro sirviente que le deje en la puerta si viene a exigirnos algún servicio importante. Pagamos visita a personas a quienes odiamos, únicamente porque se la debemos: por la Pascua, o en otras circunstancias, hacemos regalos y echamos pestes porque hemos tenido que hacer ese gasto: frecuentamos en aparente intimidad a personas de quienes pensamos y decimos todo el mal posible, y que sabemos que nos tratan absolutamente del